

el Pontificado; formábanse las monarquías amamantadas á los pechos de la Iglesia; y sin embargo, la nueva generacion no tenia en el poder pontificio la confianza ni á sus rayos ni á sus excomuniones el miedo de las generaciones precedentes por ese cambio de ideas tan frecuente en la humana historia y tan propio tambien y tan peculiar de nuestra naturaleza.

Dióle apariencia cesarista al Pontificado para contrastar la pobreza de su antecesor, para argüir á los que creian renacientes los tiempos evangélicos, para hacer tocar á todos y á cada uno la realidad de que dentro del poder pontificio se encerraba siempre algo del Imperio romano; y celebró con gran pompa su coronacion, precedido de los nobles romanos que agotaron sus casas en la ostentacion de asiático lujo, rodeado de las potestades eclesiásticas que se excedieron á sí mismas en esplendores y en riquezas, caballero en hacanea blanca cubierta con gualdrapas de plumas chipriotas, cubierto con la tiara en la cual resplandecian las coronas régias hechas del oro mas puro y cuajadas de valiosísimos brillantes, vestido con los hábitos pontificios y armado con su báculo que blandía como si fuera la espada de un Emperador ó el rayo de un Dios, acompañado de dos reyes envueltos en mantos de escarlata que no solamente condujeron su cabalgadura por el freno como dos pajes y le ayudaron á misa como dos acólitos, sino que tambien le sirvieron á la mesa como dos criados: que á tanta aparatosa majestad llegaba el Pontificado en los días tristísimos del comienzo inevitable de su ruina y decadencia.

Bonifacio VIII no creyó segura la tiara en sus sienes, como no tuviera seguro á Celestino V en su poder. Solamente la candidez del fraile era capaz de imaginar que le bastaba con deponer la tiara y revestir la cogulla, para quedarse cual si nunca ejerciera la alta dignidad del Pontificado. Su precavido sucesor no lo creía, no, en su experiencia; y trataba por todos los medios imaginables de arrancar aquel dócil instrumento ó aquel fundado pretexto á las poderosas manos de sus mortales enemigos. Pocos días despues de su eleccion, y hallándose Bonifacio en los alrededores de Nápoles, supo con extrañeza que corrió súbita noticia de su muerte, por lo cual se alegraron todas las gentes populares que amaban al Papa plebeyo, y todas las órdenes mendicantes que amaban tambien á su vez al Papa mendigo. Tal alegría

tomóla por una revelacion; y tal revelacion obligóle á resoluciones supremas. Encargó al rey de Nápoles, que le apresara al penitente, y una vez preso, condújolo consigo á triste encierro de Roma. Mas Celestino V, que solo tenia una pasion, la pasion de su libertad individual, y que solo deseaba el retiro y el apartamiento, encontró hábiles trazas de romper su prision y de escaparse á su montaña. No se cansaba como el ave que recobra su libertad de respirar el aire libre, de recorrer la soledad inmensa, de departir con los objetos animados é inanimados que en otros días mejores acompañaran sus maceraciones y sus plegarias; pero el Papa Rey no podia perdonarle en manera alguna la antigua autoridad ni desconocerle como temible rival á la tiara. Mandóle una turba de cazadores que le siguieron, le asediaron, y concluyeron por cazarle. Ya habia bajado del monte, corrido á la playa, puéstose en cobro, alcanzado una barca que le condujera á Dalmacia, cuando le echaron mano y le recluyeron á estrecho calabozo, donde murió víctima de su propia humildad y de su irremediable impotencia.

Libre ya de su rival, pudo darse Bonifacio á su política. Si hubiéramos de resumir esta en breve fórmula, diríamos: grandes ideales, pequeños procedimientos. En realidad Bonifacio ansiaba acometer empresas iguales á las empresas de los mayores Papas; y deseos y pensamientos no le faltaban, no, para intentarlas y para cumplirlas. Mas ¡ay! que no todos los hombres superiores pueden vencer una superioridad invencible, la superioridad de su tiempo. Y este cambiara mucho á consecuencia tambien del cambio de las ideas. Y como cambiara mucho, Bonifacio VIII no tenia que luchar como San Leon luchara con Atila; no tenia que luchar como Gregorio VII luchara con Enrique IV; no tenia que luchar como Inocencio III luchara con Enrique V; no tenia que luchar como Inocencio IV luchara con Federico II; combatia con nobles mas ó menos poderosos de Roma, con estirpes mas ó menos ilustres, con familias mas ó menos ricas, como los Colonnas, por ejemplo, pero no con el vasto é inmenso imperio; y ahí estaba, en las restricciones de su antiguo colosal combate, el comienzo de la descomposicion interior del Pontificado. Bajo esta grande fatalidad aquel poderosísimo Bonifacio, ambicioso en sus ideas y ambicioso en sus pasiones, despues de haber concebido é ideado mucho, caía en el vicio mas vulgar de los mas

vulgares Papas, caía en el nepotismo. Y á virtud de esto amparaba las peores soluciones en Sicilia, ponía en el consulado romano al célebre Savelli, nombraba á Lofredo su hermano conde de Caserta, á Francesco su sobrino cardenal de Santa María en Cosmedin, á Pietro, su otro sobrino, conde lateranense y rector del patrimonio de Toscana, constituyendo así en dinastía su propia familia y dotándola con tales riquezas que llegaron á poseer en patrimonio las dos inmensas vertientes de los Volscos. Este nepotismo debía traerle por necesidad la enemiga de la poderosa familia de los Colonnas; y esta enemiga debía señalarle con una marca indeleble, con la marca del Pontífice en quien comienza la desorganización y la debilidad del Pontificado.

El fondo de este combate realmente era una rivalidad de familia; pero el pretexto no, el pretexto era, bajo un aspecto, esencialmente político, y bajo otro aspecto, esencialmente religioso. Los Colonnas afeaban mucho al Papa Bonifacio su orgullo soberbio, creyéndole capaz de indisponer al Pontificado con todas las monarquías de Europa. Últimos representantes del gibelinismo, odiaban á la dinastía güelfa de Nápoles y se entendían con la familia gibelina de Aragón que reinaba con grandes dificultades, pero reinaba al cabo en la imperial Sicilia. Esto, bajo el aspecto político. Bajo el aspecto religioso, aun tenían los Colonnas mayores motivos de oposición. Un Papa que recogiera la púrpura en vida de su antecesor, que abrogara los actos de este sin respeto, y que le persiguiera sin piedad, aparecía tristemente á los ojos de los Colonnas, tan poderosos á la sazón, no como cabeza de Iglesia, como cabeza de cisma. Dos eran los cardenales que tan poderosa familia tenía á la sazón, Pietro y Jacopo Colonna, los cuales ocultaban bajo estas explicaciones políticas y teológicas una rivalidad de influencia, de poder, de riqueza, de fuerza, con la reinante familia de los Gaetanis. De complexion sanguínea el Papa, la sangre se le subía á la cabeza y á un tiempo mismo le cegaba la vista y le oscurecía el entendimiento. Su mayor enemigo era su temperamento; las salidas bruscas, los propósitos desatentados, las resoluciones violentas, todo lo cual se volvía en último término contra su propia persona. Astutos y hábiles sus implacables enemigos, acostumbrados á las guerras sordas de los colegios cardenalicios, deseosos de poner la razón toda de su parte y de lanzar el Papa á la guerra, decían por lo bajo lo que el Papa deseaba que publicaran en voz

alta para tener ocasión de empeñar una decisiva lucha y de aplastarlos bajo un tremendo castigo. Grande temeridad por parte de un monarca. Quien manda debe pedir consejos á la prudencia antes que al valor. Las conjuraciones, las luchas, las guerras sírvanle al vencido y al humillado más que al vencedor y al poderoso. Así Bonifacio VIII, en vez de aguardar el golpe que hubiera ido á estrellarse en su poder y en su grandeza, lo provocó y lo atrajo con bien peligrosa temeridad. Cada una de estas familias pontificias señoreaba una comarca feudal. La blanca paloma eclesiástica tenía pico y garras y alas de ave rapaz. No había podido la pura idea evangélica desceñirse de las condiciones y de las contingencias del tiempo y del espacio. Los Colonnas, gran familia eclesiástica, mandaban como reyes en Palestrina, gran territorio feudal. Bonifacio VIII reclamó la presencia de una guarnición pontificia en esos territorios colonnenses; y los Colonnas se negaron resueltamente con negativa inflexible. Entonces Bonifacio VIII les preguntó, pregunta bien inútil por cierto, si le creían ó no legítimo Papa. La respuesta consistió en la fuga á Palestrina, declaración palmaria de guerra. Así el 10 de mayo de 1297, reunió Bonifacio VIII un consistorio en San Pedro, y dando por motivo las antiguas relaciones de la casa de los Colonnas con la casa de Aragón, reinante en Sicilia, depuso á los dos cardenales: obra de cólera y de venganza, que muestra el natural implacable de su alma; pero no el seso propio de quien ejerce tan alta autoridad y contrae por ende tan tremendas responsabilidades ante el mundo y ante la historia. No habían los Colonnas cometido acto alguno de rebelión; y era muy dudoso que estuviese en las facultades del Pontífice, aunque lo asistiera un consistorio, la de arrancar á dos cardenales su alta dignidad vitalicia. Tener á un Papa preso en estrecho calabozo, lanzar á dos príncipes de la Iglesia en brazos de desesperada rebelión, podía satisfacer venganzas y rencores augustos; pero no servir al poder moral y á la influencia benéfica de la Iglesia católica. La temeridad del Papa Bonifacio aparece tanto mayor á los ojos reflexivos del historiador cuanto que le cercaban por todas partes dificultades insuperables, y le nacían á cada paso, frente á frente de su poder y de su trono, enemigos de todo punto invencibles. De un lado, aquellas monarquías civiles, que deseaban estatuir su autoridad, apoderándose en parte de las prerogativas pontificias, y que comenzaban la obra secular del

estado laico; de otra parte aquellas jerarquías de jurisconsultos que ayudaban á los reyes en sus trabajos titánicos y sobreponían el derecho civil al derecho canónico de la misma guisa que las monarquías sobreponían la autoridad laica á la autoridad eclesiástica; estos grandes elementos de oposicion se hallaban animados por una especie de democracia religiosa, por los franciscanos, humildes, sencillos, mendicantes, tribunos de la plebe, poetas populares, que traían indeliberadamente y sin conciencia, pero con seguridad y con firmeza, al seno del mundo pontificio una especie de socialismo práctico y una especie de herejía prematura; todo lo cual minaba por su base y descomponía en su organismo secular á la alta y maravillosa institucion representada por los Pontífices en el seno de la Edad media.

Todos estos elementos se reunieron á la sombra de los castillos feudales, propiedad antigua de los soberbios Colonnas. En el mismo mes de mayo, en que el Papa tuviera consistorio contra ellos, en el mes de mayo de 1297, tuvieron ellos asamblea contra el Papa. Véanse en ella, no solamente individuos de la familia herida sino individuos de otras familias nobilísimas como los Sciarra. Al lado de un caballero italiano, resuelto á esgrimir sus armas, sentábase un caballero francés, demostrando que, hasta en la nacion católica por excelencia, se conocían los primeros asomos de la insumision y de la indisciplina; jurisconsultos de Bolonia juntamente con jurisconsultos de otras escuelas de Europa daban á la gran querrela política fases y aspectos de un gran litigio de derecho; teólogos de la Sorbona y teólogos de la Italia dilucidaban la tesis de si el Papa pudo suceder ó no en vida á su antecesor Celestino V; y á la cabeza de todos, reuniendo aquellas series de ideas, condensando aquella tempestad de pasiones, el enemigo, á primera vista mas humilde y en realidad mas formidable, el asceta, el mendicante, el franciscano Jacopone de Todi, autor de versos inmortales en lengua vulgar y del célebre *Stabat Mater* en lengua eclesiástica, mundano en otro tiempo é ido á la órden seráfica por heridas del corazon y desengaños del mundo, representaba la pureza evangélica, la sencillez cristiana, la poesía popular, la plegaria pura, la predicacion mística, la virtud natural, lo que tuviera Jesus de Nazaret en Palestina y Francisco de Asís en Umbría, esa voz del corazon resuelto al martirio, esa voz que destroza como un clarín guerrero y derriba por tierra los mas altos y los

mas orgullosos poderes, cuya autoridad si ha contrastado la fuerza bruta muchas veces, ha cedido siempre á la virtud de un sentimiento y de una idea. El congreso, donde todas estas pasiones se reunieran, decidió declarar que Bonifacio VIII no era Papa legítimo; declaracion redactada en estilo semi-escolástico y semipoético, y depuesta en el ara misma del altar mayor de San Pedro. Bonifacio VIII no sabia contestar á estas violencias de sus enemigos, sino con otras mayores y mas desapoderadas violencias. Las heridas, que en su pecho abrieran los contrarios, le perturbaban hasta hacerle perder la posesion del propio juicio. Arrastrado de esta vehemencia se le ocurrió convocar y predicar y reunir una cruzada contra los Colonnas. ¡Cuán léjos nos hallamos ya de los siglos anteriores! ¡Cuán decaída la institucion del Pontificado! ¡Cuán adulteradas las guerras santas, que si perturbaran con profundas perturbaciones, embellecieran con inmortales bellezas los tiempos de la fe! No se oye la voz profética de Pedro el ermitaño, ni la elocuencia imperiosa del monje San Bernardo; no se dibuja la imágen de un Godofredo de Bouillon, con su espada al cinto y su cruz al pecho, sobre los arenales y bajo las palmas de Palestina, contemplando la Jerusalem Santa, que surge entre los arreboles del desierto; no aparecen los Ricardos de Inglaterra, ni los Felipes de Francia en aquellos sitios de las ciudades de Siria, que parecían torneos caballerescos sostenidos por reyes como Ricardo Corazon de Leon y animados por las palabras y por las bendiciones de arzobispos como Guillermo de Tiro; las cruzadas no van, no, contra los viejos de la montaña, contra los legendarios Saladinos, contra los turcos y contra los tártaros que han llevado el ala izquierda de sus irrupciones á Persia, el ala derecha á Rusia y el núcleo al sepulcro mismo de Cristo; las cruzadas de este tiempo van contra cristianos viejos, contra príncipes de la Iglesia, contra frailes franciscos llenos de santidad y de poesía, por meras cuestiones de nepotismo entre dos familias sensuales y hartas de la vergonzosa y decaída Roma pontificia. Este triste cambio encierra, al fin y al cabo, una profundísima y verdadera revelacion histórica.

Realmente, en el fondo de la cuestion, asistía el derecho á Bonifacio VIII, que lo perdía en la forma, por sus excesos y por sus violencias. Ninguna razon habia para decir que Bonifacio VIII no fuese Papa, despues de muerto